



FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE LA CIUDAD DE HUÉSCAR

XIII PREGÓN OFICIAL DE SEMANA SANTA

A cargo de la Dña. Encarna Ximénez de Cisneros Rebollo

Buenas noches:

Consiliario, buenas noches, gracias por sus palabras; Presidente, muchas gracias; gracias al hermano mayor al que se le ocurrió la idea de que estuviera aquí; y por supuesto al reto de hermanos mayores a los que espero no defraudar esta noche, en la que algo sí tengo claro, y lo ha dicho el presidente, lo que va a quedar claro es que me gusta la Semana Santa, y si en eso me equivoco, mejor me hubiera quedado en mi casa. Ante todo quiero dar las gracias.

UN PREGÓN DE AMOR

Mi madre utilizaba el salón como improvisado muestrario. Un salón al que casi nunca entrábamos; era para las visitas.

Y en aquel el sofá de terciopelo marrón, como si de una exposición se tratara, colocaba amorosamente las túnicas y las capas, los cíngulos y el capillo, los capirotos y guantes. Los zapatos con hebillas... Y la medalla...

Curiosamente siendo una familia mayoritariamente femenina, sólo dos, los hombres, tenían el derecho a vestir esa vestimenta de devoción.

A nosotras no nos dejaban. Era Sevilla.

Aquí no ocurre, aquí podemos conseguir la igualdad en casi todo. En casi todo, que alguna cosa queda.

Por eso, aquí me siento feliz; y por eso me gusta esta Semana Santa.

He venido a compartir un sueño con todos vosotros. He venido a conseguir que entornéis los ojos, y dejéis volar la mente hacia aquella Semana Santa que más marcada quedó en la memoria; que hagáis sitio en vuestros asientos para compartirlos con los seres más queridos...

Aquella Semana Santa como las que yo vivía cogida de la mano de mis padres; que disfrutaba con la pandilla que, muy modernos sí, pero que no perdíamos el mejor lugar para ver pasar las procesiones. Aquellas Semanas Santas con los más pequeños de la casa, cargados en mis hombros para que vieran mejor. Semanas Santas de bocadillos rápidos, caldito reparador por la noche; zapatos planos para no hacer sufrir demasiado a los pies; de sentadas interminables viendo pasar el cortejo; de lágrimas emocionadas y aplausos; de recogimiento y bulla...

Semanas Santas de Amargura, Campanilleros; y de cornetas y tambores; de torrijas con miel o con azúcar; de bolas de cera que iban creciendo cada año; de saetas rasgadas en el silencio de la noche...

Semanas Santas de unión.

Eso es lo que hoy hacemos; hemos venido a reunirnos en nombre de Dios, y en su nombre vamos a anticiparnos a los momentos más mágicos de nuestra vida cofrade: cuando se abran de par en par las puertas del Templo.

Nos gusta, no hay duda, tener a nuestras imágenes en la calle, y disfrutar de la legitimidad del culto a esas advocaciones a las que, en muchos casos sin saber por qué, nos sentimos tan unidos que lloramos de emoción sólo verlas. Pero, no nos engañemos, no hay armonía si esa presencia no se hace verdad durante todo el año.

La dimensión espiritual debe seguir la norma establecida.

Somos Iglesia y a ella nos debemos, somos creyentes y debemos ser practicantes de las enseñanzas que hemos recibido.

La fe ha puesto alma a nuestra Semana Santa, nos lo recuerdan siempre. Es su razón de ser.

Si quitamos la fe, nuestra Semana Santa, nuestros pasos, el arte religioso perdería su alma, lo más hermoso que tiene.

Yo quiero esta noche hablaros de sentimientos, y de amor.

Nada nos es más necesario que el amor. Toda nuestra vida se fundamenta en dar y recibir amor.

Alguien muy querido se expresaba así en otro pregón: “Estaba seguro –aún sé que hoy sigo cayendo en la misma trampa”- que el trabajo era lo primero, interpretando terriblemente mal aquello de que “a la santidad se llega por el trabajo” y olvidando otras cosas de importancia mayor”.

La felicidad está mucho más al alcance de lo que pensamos.

Sólo falta abrir un poquito el corazón y dejar que entre: no es un sentimiento perdurable: no es posible estar felices las veinticuatro horas del día: Recomendable, pero utópico.

Basta con saber que, en algún momento hemos sido felices, intentar descubrir qué lo ha provocado y mimar esa parte de nuestra vida con todas las fuerzas.

Y, al contrario, quitar de en medio las cosas innecesarias que nos provocan malestar. No sirven para nada. Son como esos trastos viejos que nos empeñamos en apilar impidiendo que puedan entrar otros nuevos.

Hacen falta corazones limpios y mentes soñadoras para entender el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

PERDÓNANOS, SEÑOR.

Sonido de tambor. Silencio en las aceras. La luz enmarca tu rostro ya doliente, Madre. Tus manos cruzadas, y en ella, la corona de espinas.

Luto en Martes Santo, porque el pecado nos supera y la Salvación es nuestra única posibilidad.

La que viene portada en la sencillez de su Cruz, en el Cristo del Perdón, que recorre las calles, repartiendo su benevolencia... camino del Calvario que ya se intuye.

Negro color sobre pies de piel blanca que muestran su desnudez para hacer mayor la penitencia. Cíngulos marcando nuestro principio y fin. Largas cuerdas como un rosario de arrepentimientos.

Y la madre, con ese dolor que es más grande, porque es de obligado cumplimiento.

Estrellas en tu corona que recuerdan tu elevada misión.

Huéscar como escenario. El cielo como testigo, y los rezos más profundos que surgen de los corazones de sus devotos.

“Cuando yo busco a mi Dios, no busco forma de cuerpo ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz ni melodía de canto, ni olores de flores ni ungüentos aromáticos, ni miel ni maná deleitable al gusto ni otra cosas que puedan ser tocada y abrazada con las manos.

Nada de esto busco cuando busco a mi Dios. Más con todo esto busco una luz sobre toda luz que no ven los ojos y una voz sobre toda voz que no perciben los oídos y un olor sobre todo olor que no sienten las narices, y una dulzura que no conoce el gusto, y un abrazo sobre todo abrazo que no sienta el abrazo”. (Juan Pablo II)

Y Dios no está sólo en esas imágenes que con tanto cariño procesionamos. Él se encuentra en quienes nos rodean y a los que, a veces, no le dedicamos nuestra atención.

No es de hermanos abrazarnos al final de cada procesión, con la emoción del trabajo realizado y el sueño cumplido, sin que nos importe, en muchos casos, qué guarda ese hermano en su alma, quién es realmente la persona que ha compartido con nosotros horas de frío, cansancio, emoción y ayuno.

Santísimo Cristo del Perdón, socorre nuestros errores.

Virgen María del Mayor Dolor, déjame que me rinda a tus pies; porque tu nombre me llena de gratos recuerdos de quien, Reina y Señora, me permitió ser tu Camarera Mayor. María Santísima del Mayor Dolor, la que vive junto al Genil, me hace sentirme muy cerca tuya.

Yo te saludo, Madre.

Y te pido, que nunca olvidemos nuestra misión de cristianos.

PROCESIÓN DE PALMAS.

Cristianos que hacemos fiesta del dolor, porque del sufrimiento divino nació la promesa del mañana.

Cristianos que salimos a la calle para hacer procesión pública de nuestra fe, portando las palmas que besamos con respeto, mientras la algarabía de la chiquillada, nos recuerda que es Domingo de Ramos.

Hay trajes de estreno y estreno de almas que se reconvierten en la creencia de que todos somos aquel Jerusalén que acogía gozoso al Señor de palabra amiga y de corazón rebosante.

Nuestros pregones deben ser alegres, porque es el anuncio de una nueva era. Cuando pregonamos nuestra Semana Santa estamos hablando de Evangelio y estamos pensando en el amor.

¡Hosanna!, susurran las palmas al compás de nuestro paso decidido a la Casa de Dios. Familias unidas, jóvenes forjándose para ser los cofrades del mañana.

Auténticos, comprometidos, respetuosos como las instituciones que acompañan; conscientes de la simbiosis Iglesia-Cofradías; con conciencias despiertas al son de la música.

Atrás quedaron meses de espera, días de ensayo, renunciaciones y dificultades. Todo se diluye al sentir el mensaje de amor que recorre las calles.

Y esa alegría se hace rezo.

ORACIÓN EN EL HUERTO.

Jesús ora. Habla con el Padre, establece una comunicación directa, esa que, como dicen en las puertas de algunas iglesias, no necesita de teléfono móvil ni de ordenador.

Antes se había quejado a Pedro: “No pudiste una hora velar conmigo”. Aquella noche, ningún apóstol acompaña a Jesús en aquel difícil momento.

En aquel momento de Oración en el Huerto, es donde Jesús experimenta de forma más evidente lo difícil que resulta mantener la obediencia, la aceptación de la voluntad del Padre.

Si alguna vez no fue libre Jesús fue aquella noche.

No podía elegir, su fe era firme aunque su voz se quebrara.

“Los acontecimientos del Viernes Santo –dijo Juan Pablo II-, y aún antes, la oración en Getsemaní, introducen en todo el curso de revelación del amor y de la misericordia, en la misión mesiánica de Cristo, un cambio fundamental”.

Cristo, en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos, se dirige al Padre, a aquel Padre cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya misericordia ha testimoniado en todas sus obras, pero no le es ahorrado – precisamente a él- el tremendo sufrimiento de la muerte en la Cruz.

Faroles para tu pena. Cobijo de ramas para tu renuncia. Potencias doradas porque eres grande. Túnica que envuelve el cuerpo divino que va a sentir el castigo humano. Oración, recogimiento... mirada al Cielo pidiendo por tus gentes.

¡A esta es! dice el capataz y te elevas sobre nuestros corazones, y nos vas recordando lo que luego hará más palpables tus heridas.

Huéscar se rinde ante la evidencia de que todos somos mensajeros de la Palabra.

Y aquí debo referirme a esa palabra, pero dicha en los medios de comunicación. Tanto la presentadora, a la que agradezco sus palabras, como yo misma, somos periodistas. Tenemos la posibilidad de hacer llegar nuestras ideas en amplias plataformas.

El compromiso de los medios de comunicación es importante; más allá del concepto laico o religioso. Eso es cuestión de la línea editorial adoptada.

Pero sí hay un compromiso con lo nuestro: la radio, la televisión, los medios escritos o Internet tienen que transmitir una imagen verdadera de nuestra Semana Santa y, cuando sea posible, de nuestra fe.

Tenemos que aprender a “vender” lo nuestro; creer en lo que hacemos y buscar la difusión necesaria.

Yo, desde mi condición de plumilla, que así nos llamamos en ocasiones; y ahora, como tertuliana radiofónica, llevo a la práctica la misma convicción que aquí me ha traído.

No sé más que nadie, no valgo más que nadie; no hablo de historia y de monumentos, porque esos, siendo vuestros, debéis conocerlos mejor que yo.

No hablaré de orfebres e imagineros, porque su labor la valoro, como vosotros, por el simple hecho de venerarlos.

Yo os hablo, como os he anunciado al principio, de sentimientos, qué parece que es palabra difícil de pronunciar; de emociones que son las mismas en cualquier lugar donde un cofrade viva su compromiso.

Que a veces es más difícil expresar afecto, que superar el frío de la procesión. Que a veces la mantilla, el capillo o el costal, son adornos y no promesas.

Y es más fácil hacer de lo malo noticia, que proclamar todo lo bueno que nos rodea.

Pedidnos a los periodistas que también cumplamos la palabra; pedidnos que seamos fieles a la realidad; pedidnos que tampoco nosotros nos sintamos en un pedestal.

Pedidnos, porque, desde nuestra humilde labor, podemos hacer mucho, y positivo.

Y nos convertiremos en discípulos de Jesús.

SAN JUAN EVANGELISTA.

Como el “Hijo Del Trueno”, el más joven de los discípulos. El más querido, que recostara su cabeza en el pecho de Jesús durante la Santa Cena. ¡Bendito pecho!

Juan, llamado el Evangelista, porque a él se le atribuyen algunas de las páginas más bellas del Nuevo Testamento.

Juan, el discípulo amado; protector de María a quien no dejó sola junto a la Cruz.

Juan, visionario de un Apocalipsis cuyo cumplimiento está en manos de Dios.

Juan, que también sale las calles de Huéscar, enfundado en su capa de generosidad, de comprensión, de compañero constante de nuestras penas.

Aplausos de tu gente, mecías de emoción... ¡vamos, vamos! que también nosotros hemos de cumplir un camino inexorable...

Juan quiso ser el mejor. No hay soberbia en ese deseo. Hay necesidad de dar lo que tengamos. Pero sin sentir privilegios, sino asumiendo obligaciones.

Quien se deja guiar por eso, nos sumerge en un mundo de auténticas angustias.

Hay personas que se creen en posesión de la verdad, de la que sólo el Maestro, podía dar fe.

No podemos entrar al trapo de la prepotencia. Nunca.

Contra nuestra Semana Santa no han podido ni las bombas ni destrozos de las guerras, ni terremotos ni invasiones...

Cuidado, hermanos, que tampoco pueda el vandalismo de corazones encastrados que no sienten más allá de su propio latido, que es por mera supervivencia y no por sentimiento.

¡Cuidado!, insisto, que las dimensiones no la dan los pasos, tronos que ensalzan a nuestros titulares que pueden ir ricos en materiales, pero inútiles si no llevan a su alrededor lo que yo presupongo: devoción, amor, fe, y confianza en que cada procesión sea un compromiso real de lo que somos. De eso saben mucho los costaleros.

Nuestra victoria nunca debe ser personal. Estamos cansados de gentes que tengan miedo a que les quiten sus hermandades, que no tuyas, ni nuestras, que son de todos los hombres y mujeres de Huéscar, y de quienes, sin serlo, apoyamos esta Semana Santa.

Esforcémonos por no quedar cautivos del pecado; se lo debemos a Él, a ese sufrimiento del que vamos a seguir testigos y que nos recuerda que ya Jesús sufrió bastante por todos nosotros.

JESUS ATADO A LA COLUMNA.

Ahí está, ya podemos verle. La túnica deja paso a tu espalda sangrante por el castigo inflingido. La luz remarca tu hermosura.

Jesús está atado a la Columna.

Y no te flagela sólo el verdugo.

Tus heridas se agrandan por otras cosas:

Mujeres muertas a manos de sus pretendidos dueños, que sienten suyo lo que sólo es de Dios.

Criaturas que desaparecen o son agredidas.

Mayores abandonados a su suerte.

Violencia, desprecio, ruindad...

Latigazo tras latigazo, Jesús soporta nuestra carga. Su dolor es de todos; y espera que nos sirva; pero cada cual toma su camino.

Ese romano impávido es un reflejo de nuestras conciencias. Mira sin ver; oye sin sentir... no conoce la clemencia. Sólo piensa que ese pobre infeliz atado a una columna, el que dijo ser el Rey de Reyes no era capaz de salvarse a sí mismo.

“Con vosotros está y no le conocéis, con vosotros está, su nombre es el Señor”

Él sigue humilde a pesar de la afrenta; maltratado y sometido.

Y nosotros, desde el balcón de la vida que Su Padre, nuestro Padre, nos ha regalado, nos empeñamos en no apreciar el don divino.

Por eso yo os digo, desde este atril de pregonera que habéis tenido a bien concederme que cuando la pena nos atenace y el comienzo del día sea duro, debemos pararnos y pensar en la jornada que nos ha sido regalada.

No vaciles y mira lo más hermoso de la vida. Convéncete de que, aún en el peor de los momentos, hay algo maravilloso de lo que disfrutar.

No ahondes en tu amargura y busca esa Madrugá de colores tornasolados que tú si puedes vivir. Acomete la misión de levantarte como el mejor sueño que puedas disfrutar.

NUESTRA SEÑORA DE LA AURORA.

Porque siempre, tras la noche, llega esa Aurora señora que tú representas:
¡Amor de madre! Amor acá en la tierra

Imagen Pura del amor divino

Sentimiento clarísimo que encierra
Cuanto hermoso del cielo al mundo vino
Iris de paz en la continua fuerza
De las pasiones que nos dio el destino
Bálsamo celestial, gozo del alma
Puesto seguro de apacible calma

(Zorrilla)

Aurora, que asomas tu luz. Tú eres la mañana. Tú no nos olvidas nunca, Madre nuestra también por la Gloria de Dios. Tú nos enseñas cada día cuál es el camino adecuado para seguirte. Tú nos das esa muestra constante de que no existe soledad con la fe como bandera, que no hay senda difícil que no pueda soportar un corazón henchido de esperanza, creyente sincero de que al final estará tu regazo como recompensa, un regazo tan dulce como tu mirada.

Sales a la calle Señora para mostrar tu sonrisa de Madre y haces plegaria por nosotros, dejando a un lado tu propio dolor.

Ayúdanos madre, porque estamos perdidos. Tú, desde lo más alto, ven con nosotros. Virgen Santa, hálbanos en tu silencio a veces incomprendido. También en la casa del pobre, siempre María, alegría de nuestra penas, siembra el fruto de la fe

Semana Santa. Nuestros titulares exhiben sus mejores galas para ofrecerlas. Flores rodeando la imagen, música y ruegos.

¿Y después? ¿Les dejaremos abandonados hasta que vuelvan a sonar las marchas?
¿Olvidaremos rezarles en el silencio del templo? ¿Se volverán solo imágenes que contemplar?

MARÍA SANTÍSIMA DE LA SOLEDAD.

Yo la única Soledad que quiero es la que estará de nuevo en las calles de Huéscar, coronada de oraciones, como siempre, pero coronada ahora también por la Iglesia.

Para tu mayor gloria, como reconocimiento a la devoción que te profesamos y a la labor que, por medio de ella, vamos realizando.

Para tu gloria, Señora, no para la nuestra. Que la más santa corona fue la de espinas que soportó tu hijo. Y Tú la transformas en luz de metal y piedras preciosas.

Sólo para embellecer tu imagen, que tu inmaculada santidad está por encima de todo esto.

Se corona para demostrar la popularidad de la devoción, de tal forma que esa devoción es realmente sentida y se manifiesta durante todo el año, irradiándose con su ejemplo, en la comunidad que la acoge.

Pero sin olvidar que las cofradías tienen como misiones más destacadas la formación y la caridad; el velo por la Eucaristía y hacer pública la manifestación de nuestra fe. Por eso cuando se corona, y por eso se ha hecho de nuevo, no sólo es fiesta, sino también compromiso

La Soledad nunca puede estar sola.

No la dejaremos quienes nos llamamos sus hijos.

Acudimos a ella cuando la pena nos invade. Y ella, que nos mira con grandes ojos que ven todos nuestros problemas. Unos ojos, los tuyos Madre, que nos dan la vida, y por eso te pedimos que nunca los apartes.

“Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”.

SANTÍSIMO CRISTO DEL CONSUELO.

Los hermanos y hermanas debemos mirarnos en el Santísimo Cristo del Consuelo, y recordar lo que definen algunos Estatutos, como misiones de los cristianos. Por ejemplo: “cómo visitar, acompañar y velar a los enfermos; ayuda para quienes más lo necesiten, cómo se ha de hablar en orden, sin reñir en los cabildos...” Palabras textuales de estatutos.

Buen legado para quienes deben continuar nuestra labor.

Jóvenes y generosos, así queremos sentir a quienes tienen que perdurar esta labor de compromiso.

Jóvenes que sirven de apoyo a la parihuela que te lleva por estas calles ennoblecidas por la gente.

Jóvenes, no ya de edad, sino de espíritu, frescos y decididos ante la vida, que hacen del recorrido, de tu recorrido, Santísimo Cristo del Consuelo, una larga oración aún sin palabras.

Hacer catequesis no sólo en la procesión, sino también en la vida diaria, en las charlas, en la diversión, y en la familia.

La familia, qué gran palabra.

He empleado muchas veces la palabra Padre y Madre en este pregón.

Padre y Madre con mayúscula: Nuestro Dios, Jesús, María...

Pero ellos, siendo tan grandes en su bondad, tan magnánimos en su perdón, nos han dado el consuelo de tener también un padre y una madre mortal, una familia a la que pertenecer.

Con ellos compartimos felicidad o desgracias; con ellos vivimos o padecemos situaciones en las que nunca deberíamos preguntar, ¿por qué? Sino decir, Así sea, como forma de confianza absoluta en Dios y en su Misericordia.

Los padres, cuando tenemos esa suerte, envejecen, soportando un proceso para el que nunca estamos preparados. Si no es así, hemos pasado por el dolor de verlos marchar o, tal vez, de ni siquiera haberlos conocido.

Os hablo desde el corazón, porque hay cosas que, pensando que son sabidas, no siempre se expresan de viva voz.

Cuidad a vuestros padres, respetadlos, entendedlos y cuídalos.

Que en cada momento de su vida sientan el aliento de sus seres queridos. Os lo digo a vosotros, muchos de los cuales sois también padres y madres, entendedís aun mejor el mensaje que quiero enviaros.

Que no se rompa el cordón umbilical.

Os lo digo, y os lo cuento, solicitando vuestro permiso precisamente, para dedicar estas palabras, mi recuerdo y mi amor a mis padres, que ojalá hubieran podido acompañarme esta noche, no pueden viajar, y que me enseñaron todo lo que sé, y mi amor por la Semana Santa.

NO TE CAIGAS

Nosotros no nos caemos. Semana Santa. Verónica. Magdalena. Misterio sin respuesta. Creencia inquebrantable. Orgullosa tú, Verónica, privilegio de Dios que la pena ahoga. Tú lo llevas por tres veces reflejado en tu paño, lo has encontrado.

Ahí está y le rindes pleitesía. Te has dejado llevar por el corazón y eso te hace protagonista excepcional.

Míralo, ahí está. Sufre por él y por nosotros que hacemos mayor el peso de su Cruz. Absorto en su destino que es el nuestro. Himno musical que brota de nuestras propias gargantas, con letras improvisadas.

Recoges su sudor y su sangre. Y le dejas de nuevo solo, porque solo tiene que hacer el camino. Pero, no lo creas, no estará solo mientras nos reunamos como ahora en su nombre. Sí como Él cada vez que caemos somos capaces de volver a levantarnos, nunca estará solo.

El Nazareno viene a tu encuentro. Camino de la Cruz. Y recorre nuestras calles, como antaño se recorrían las casas de los cofrades para comprobar el estado de las túnicas, cruces y cera. También lo he visto en algunos estatutos.

¿Y quién comprueba el estado de nuestro corazón?

El Nazareno se deja secar el rostro, para que los ojos incrédulos recuerden que, bajo el madero, hay un hombre que implora.

Tres caídas, tres momentos para reflexionar; para que el espíritu se abra. Para saber si la Semana Santa es algo más que un bello espectáculo; días de descanso para muchos; o reclamo turístico.

Que nada de lo anterior es malo; porque cada cual debe llevar su compromiso de la mejor manera; pero el cofrade no puede albergar duda.

Cofrade. Se nos llena la boca de nombrarnos así; pero hay que dignos de ello, y cumplir con nuestra obligación de católicos, con la práctica. Con el ejemplo.

EXPIRACIÓN Y ESPERANZA.

En mi casa la mesa de Semana Santa, como en Navidad, se convertía en una fiesta. Desde los roscos a los pucheros de bacalao, que hay que respetar la Vigilia, componían un algo distinto que nos preparaba hasta la hora en que nos echamos a la calle.

Y en una de ellas, hoy te encuentro, Cristo de la Expiración. La palabra se ha cumplido. Tu muerte es nuestra vida.

Lo saben quienes contemplan tu imagen poderosa, tu presencia que todo lo llena. Expira tu vida, pero no tu mensaje. Expira una parte de la historia y lo hace para que todo comience. Nos recuerdas en silencio que estamos de paso.

Reflejas tu figura en las paredes de las calles que te acogen. Se eleva el calvario queriendo llevarte hasta el Padre. Y ya estás con él. Tu alma sobrevuela como el humo de los cirios, que componen extrañas figuras que rodean tu imagen.

Después, el cuerpo será llevado en una urna, la más bella que hemos podido encontrarte; una urna que, bajo el silencio de tu pueblo, hará patente que todo está consumado. Y tu cuerpo estará ahí, Cristo yacente, a nuestra vista. Y sólo nos quedará la Esperanza.

MARÍA SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA

Esperanza. Palio acogiendo tu rostro; adornos que te acunan mientras tu gente acompaña; Esperanza, bello nombre para una Virgen. Esperanza de ver que nuestra Semana Santa crece.

Costeleros, costaleras, ¡qué mas se puede pedir que portar a la Señora! Te emocionas de sentir un peso que se hace gloria cuando las calles se agrandan a tu paso.

Y la lleváis al Cielo, donde nos espera su promesa de resurrección. También para nosotros.

Y no te crees más que nadie; porque los costaleros y costaleras, son unos hermanos más en el cortejo.

Y mantienen su compostura, y no alardean de su esfuerzo; porque es distinto a todos, y similar a todos.

“Ninguno, por gastado que se sienta,
Venda la saya verde a su esperanza,
Sabido que la súbita mudanza
Manjar de que esta vida se sustenta;
No dude que tras antes de tormenta,
Han de servirse postre de bonanza,
Y menos del favor celeste dude,
Pues cuando todo falta, Dios acude.

(Pedro de Oña)

Esperanza, nunca nos faltes; que sentirte cerca nos ha dado impulso para seguir adelante.

Esperanza, ¿nos vamos a venir abajo?

Dile a tus hermanos que recuerden lo que se les pide en estos momentos, “que no se pongan trabas”, “que tengamos soplos de apoyo”.

Guapa, guapa, gritan nuestros corazones. Esperanza de Huéscar, de Triana o Macarena, de San Gil y Santa Ana... Es la Esperanza, siempre Madre.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES.

Mañana, tarde y noche, Huéscar se vuelca con sus hermandades; inasequible al esfuerzo que significa mantener unas cofradías tan dignas de lo que representa; haciendo oídos sordos a todo aquello que no sea sumar y nunca restar. Como en otros muchos lugares, y da pena decir esto, Huéscar ya sabe de problemas, de muchas decepciones; pero Huéscar sabe también de superación.

Y besando las manos de Nuestra Señora de los Dolores, compartimos el sueño de que seamos capaces de no volver a dejarnos llevar por la intolerancia.

Pañuelo de gloria para enjugar las lágrimas; rosario para rezar... sobre todo por nuestra Iglesia; la que debemos hacer grande con nuestro trabajo; la que debe ser fiel testigo de una forma de vida en la que todos tengamos cabida.

Una Iglesia acogedora, comprensiva, que evolucione con los tiempos; y una Iglesia comprometida con el mensaje de Jesucristo.

Y a esa Iglesia nos debemos; no puede ser de otra forma; y con ella hay que estar en los momentos difíciles y prestarle nuestro apoyo. Y si algo no entendemos en alguna

ocasión, no vale más que el rezo callado, la actitud de compromiso y nuestra entrega. La fe, en todo caso, nos ayudará a ver más allá de lo que se muestra.

Rezaba Santa Teresa, ¡Oh, amor, que me amas más de lo que pueda amar! ¿Para qué quiero Señor desear más de lo Vos quisierais darme?

Por eso, el puñal que traspasa el corazón henchido de Nuestra Señora de los Dolores, es el puñal de la traición, de la mentira, de la falta de caridad... Es el puñal que empujan con saña las almas que no entienden o no quieren entender.

Sólo nos queda pedir Piedad.

VIRGEN DE LA PIEDAD.

Dijo Sócrates, “Si la piedad no es sino un parte de la justicia, nos precisa descubrir, al menos tal me parece, qué parte de la justicia es”.

En algunas ocasiones parece que nunca va a llegar la luz; pero cuando el sendero es sinuoso y lejano el final, miramos a la Señora.

Y la bendecimos, por todos los bienes que has hecho a nuestro mundo. Bendita seas porque nos diste todo lo que tenías, ofreciendo a nuestras vidas nuevos horizontes.

¡Que bella estás, rosa entre espinas!

Tu Piedad, Virgen María, son tus Angustias.

De tu nombre se ha hecho cruzada de fe que no tiene fronteras. Y de amor, sabe y mucho esta madre dolorida que mira, todavía incrédula el cuerpo yacente.

Lloras, Madre, con tu hijo muerto en los brazos. Pero sabes que la muerte no es más que una ausencia. Sin la esperanza de la inmortalidad sería inútil vivir este tiempo donde sufrimos tantos males, y llorar tan a menudo pérdidas irreparables.

Yo quiero ser acomodo de tu tristeza, quiero ayudar a que tu Hijo resucite cada día entre nosotros; quiero hacer más liviana tu pena, y ese aire que mece el sudario, debe ser fresco respiro para todos.

Y te veo pasar:

Calles de Huéscar prestando su historia para revivir otra historia. La más grande jamás contada; por eso a tu paso los rostros se iluminan.

Huéscar que ya no es “una ciudad agazapada en sí misma”, pero que, sin duda, “a lo largo de los siglos ha desarrollado ese carácter peculiar y autóctono, definido por su historia intensa y su localización geográfica. Huéscar que sabe ser andaluza y murciana, navarra y aragonesa, castellana...

Huéscar española, la que mantuvo por tantos años aquella guerra curiosa que la hizo portada.

Huéscar, “Ciudad de la Paz”.

¡Fíjate cómo te definen!: “La zona más septentrional del antiguo Reino de Granada, que se corresponde ...

Al final alguien se ha atrevido a decir que “esta comarca es una especie de lugar lejanísimo y desconocido situado en un incierto lugar de los confines granadinos, antes de llegar al cabo Finisterre, y que tiene la fama de provocar el llanto a quien es destinado allí para trabajar”.

Craso error, añade el historiador, como comprueba todo el que por dichos confines pasa.

Hasta ahora es verdad que se podía haber estudiado mucho más la historia de Huéscar, pero la gente de aquí va a hacer que Huéscar ocupe su lugar, y dentro de ese lugar la Semana Santa ocupa un punto importante.

¡Ya ves, Señora, cuánto camino queda aún por recorrer!

Tenemos que ayudar a esos estudiosos locales, para que sepan resumir como nadie el sentimiento de Huéscar.

Que sepan que adentrarse en el pueblo es descubrir rincones llenos de tradición. Que hay que ver esas casas donde su blasón y soledad delatan tiempos pasados de esplendor. Largas calles nacidas a la vera de las cañadas y el Camino Real de Granada a Valencia, junto a pequeñas y enrevesadas.

A Huéscar el horizonte se le ensancha. Y fiestas como su Semana Santa la hacen todavía visible y más deseada.

A MODO DE FIN.

Dos ángeles enmarcan al Santísimo Sacramento. Es hermosa La Torrecilla; pero yo no me paro a mirarla, yo mira a esos ángeles que la escoltan. Figuras divinas, inocentes caras que juegan con sus manos, gritando al pasar, ¡que ha resucitado! ¡dejad la pena que ya no hay dolor!

El Señor ha resucitado, ¡Aleluya! Y Huéscar se viste de gala para compartir este día.

Y los angelotes juegan divertidos, repartiendo sus dulzuras entre las aceras repletas de creyentes que se saben de nuevo salvados.

Hijo mío, estás perdonado. Ahora, no peques más.

Y dicen, que las santas patronas, Alodía y Nunilón, también sonríen, mientras se preparan para salir a las calles, en su solemne entrada.

Las santas benditas, que protegen a los oscenses, y que cuidan de su tierra, comentan así bajito.

“Otro año más, el milagro está hecho”. Otro año más, todo ha merecido la pena.

Incluso su muerte.

Un año más, Huéscar se ha hecho merecedora de lo que es.

Y, desde el momento en que se pierda la última nota musical –enhorabuena, bandas y agrupaciones por esa labor tan magnífica que estáis haciendo-, en ese momento, cuando el último suspiro se deje sentir, pensaremos en la próxima Semana Santa; seguiremos trabajando desde dentro y desde fuera. ¡Queda mucho por hacer y todas las manos son necesarias!

Mi padre me enseñó a ser cofrade de respeto, incluso como espectadora. Mi madre, ya lo saben, utilizaba el salón como improvisado muestrario.

Y hoy he querido colocar también en esta iglesia, como si fuera aquel sofá de mis años infantiles, todos los sentimientos que llenan mi corazón.

Hoy he venido a compartir un sueño.

Ojalá lo haya conseguido.

Muchas gracias.